

BIBLIOGRAFICAS

“BREVE HISTORIA DE VENEZUELA”

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

En su *Breve Historia de Venezuela* (Madrid: Espasa-Calpe, 1979. 291 pp.), Guillermo Morón nos ofrece una síntesis de su prolija *Historia de Venezuela* (Caracas: Italgráfica, 1971). En este libro, concebido para el público no especializado, presenta la “Historia del pueblo venezolano... en sus rasgos esenciales...” (p. 32). Es una síntesis clara. En ella se puede observar cómo ha evolucionado el país claramente desde el mundo aborigen hasta el presente. Distingue a este *Breve historia*... su claridad y concisión, la forma nítida en que está presentada cada época o cada proceso.

En seis partes ha dividido Morón su obra: Indios y Españoles, Estructura provincial (1525-1810), Formación del pueblo, Acta de la Independencia, siglo XIX (1830-1935), Historia contemporánea (1936-1978).

El trabajo historiográfico nunca se detiene. Así Morón incorpora a esta *Breve historia*... los resultados de investigaciones recientes. De la misma forma rectifica varios juicios. Su visión de las culturas indígenas, los cuadros de los siglos XIX y XX resultan mucho más amplios a los ofrecidos en su *Historia de Venezuela*. La discutida opinión sobre Rómulo Betancourt expuesta en aquel libro (t. V., p. 350, nota n/26), se sustituye ahora con un amplio examen sobre su figura histórica.

Sobre las culturas pre-colombinas anota que su presencia “está en la corriente de la historia, inseparablemente, junto al destino que llamamos nacional, expresado en lengua castellana” (p. 27).

Rectifica también la fecha del descubrimiento de Venezuela. Hasta hace pocos años se afirmaba que tal hecho había sucedido el 13 de agosto de 1498. Hoy sabemos —gracias a los estudios de Juan Manzano Manzano—, que Cristóbal Colón descubrió a Venezuela en 1494, entre mediados de noviembre y el 24 de febrero de 1495 (p. 37).

Parte singular de esta *Breve historia*... es la relativa a la época colonial. Morón denomina a este tiempo, la época provincial. Escribe que fuimos provincias del Imperio Español y no colonias. Sobre el punto —el cual es la columna vertebral de su concepción de la historia venezolana— dice: “Las provincias que habrán de formar a Venezuela como país, como república, a partir de 1811, fueron parte de esa estructura política, de ese Estado universal que fue España. Y, necesaria-

mente, de su historia, de su pueblo, de su cultura, de todo lo cual el pueblo venezolano es una continuidad, diversificada, tal vez enriquecida" (p. 58).

La estructura administrativa de estas XXX Provincias estuvo formada por el Consejo de Indias "cuya precisa misión es intervenir en todos los asuntos del Nuevo Mundo" (p. 57), sigue la Real Audiencia la cual fue "el instrumento de poder inmediato, con jurisdicción sobre determinado territorio; no sólo es tribunal de Justicia . . . sino organismo político y administrativo" (p. 57). Le siguen las Provincias "cuyo título oficial es el de Gobernación y Capitanía General" (p. 58). Este es un punto importante y Morón ha contribuido con sus estudios a clarificarlo. Durante mucho tiempo ha existido confusión en torno a esto, y especialmente en Venezuela, país dentro del cual existieron ocho provincias, una de las cuales se llamó Provincia de Venezuela, la cual a partir de 1777 obtuvo el Control militar sobre las demás. De allí el endriago creado por numerosos historiadores al señalar que en 1777 se creó la Capitanía General de Venezuela —hecho que había sucedido el 27 de marzo de 1528—, sin darse cuenta que lo que se había unificado era sólo el gobierno militar en manos de uno de los Gobernadores de una de las Provincias. Por ello Morón explica que el título oficial de una Provincia "es el de Gobernación y Capitanía General" (p. 58) pasando a señalar que el gobierno civil y militar de cada una de las Provincias estuvo en manos de la misma persona quien para sus actos civiles se denominaba Gobernador y para regir lo militar actuaba como Capitán General.

La cuarta estructura administrativa fue el Cabildo, el "centro político por antonomasia" de la ciudad.

La Venezuela colonial estuvo formada por ocho provincias autónomas. Uno de los esclarecimientos más precisos que debemos a Morón radica en el hecho de haberlas estudiado por separado. Hasta la aparición de la obra de Morón la historia de nuestro país se había reducido a la historia de la Provincia de Venezuela. En su *Breve historia* . . . Morón nos muestra las líneas esenciales del desarrollo de cada una de estas provincias —Margarita, Trinidad, Guayana, Nueva Andalucía, Venezuela, La Grita, Mérida y Barinas—. De éstas serán la de Venezuela y la de Maracaibo —la "compleja provincia andina" (p. 122)— las más importantes. A fines del siglo XVIII —a partir de 1776— se realizará el proceso de integración de esas provincias cuando se creen la Intendencia, la Real Audiencia y el Real Consulado. Sin embargo, enfatiza Morón, el "paso fundamental es la creación de la Real Audiencia de Caracas, máximo organismo político, presidido por el Gobernador (de la Provincia de Venezuela)" a partir de cuya creación "las Provincias . . . quedan unidas a un solo organismo político y territorial" (p. 117). Y será sobre los límites de esta Real Audiencia que la República —que surgirá en breve— trazará los límites de la nueva nación.

La parte final está dedicada a examinar lo que Morón denominaba la "formación del pueblo". Es decir, a estudiar aquellos elementos que contribuyeron, a partir del siglo XVI a dar fisonomía propia al país.

Las Provincias coloniales estuvieron formadas por ciudades. De allí que la estructura fundamental fuera la urbe. Claro está que tales ciudades no son lo que

actualmente conocemos como núcleo urbano. Eran pequeños poblados. Estos pervivieron —según Morón— hasta 1830 cuando el país se desarticula y se convierte en una nación rural (p. 121) ya que las guerras internas producen la dispersión y la desarticulación de las ciudades “en el sentido de la eliminación de los hábitos sociales y políticos del vecino que hacía su vida pendiente del Cabildo, de la Iglesia, de la ciudad” (p. 121).

El pueblo venezolano se forma en el mestizaje durante el siglo xvi. Por ello Morón anota que “el venezolano de hoy es producto de una mezcla de razas, de culturas; es mestizo” (p. 124). Más adelante se refiere al tipo de hombres que vinieron desde España en el momento de la conquista. Apunta: “No fueron ciertamente, gente de tan bajas condiciones los primeros vecinos, aunque hubiera también muchos de ellos, como en todas partes y en todos los tiempos. La gran mayoría, el pueblo, la formarían españoles de las clases medias, hidalgos; pero sobre todo, en el caso venezolano, provinieron de las capas populares campesinas” (p. 125).

Sobre la cultura colonial anota “no es posible hablar —como se ha hecho hasta ahora— de una *cultura colonial* distinta de una *cultura nacional* en relación con ningún país hispanoamericano. Y dentro del conjunto vital llamado erróneamente cultura colonial no se concibe una sola imagen para los tres siglos que la constituirán. Lo único que actúa, como denominador común varía de intensidad y de matices de acuerdo con los tiempos, si bien ha sido una sola no sólo en los tres siglos, sino en los cinco siglos” (p. 127-128).

Pasa de allí al examen de los elementos de la política. Hace hincapié en los Cabildos y la significación del Juicio de Residencia. Luego se detiene en los elementos de la cultura —educación, bibliotecas, arquitectura, artes plásticas, música, la incipiente literatura—. Analiza la vida económica la cual estudia desde este personal punto de vista: “Más falso aún que hablar de una *cultura colonial* sería procurar diseñar una *economía colonial*, no solamente por el hecho de no haberse tratado las Provincias como factorías, sino por la realidad histórica de las cambiantes circunstancias económicas entre una y otra provincia y cada región, a lo largo de los siglos” (p. 141). Es un discutible punto de vista el cual tiene coherencia con la perspectiva general asumida para analizar el período de la dominación española.

Sobre la etapa de la Independencia ofrece un estudio esquemático. Hace hincapié en los aspectos ideológicos de ese proceso (p.154). Señala que no fue un movimiento popular (p. 155). La parte bélica del período, la estudia a través de la figura de Bolívar, pero visto no sólo como guerrero, sino como estadista, ya que como asienta “Bolívar no sólo hizo la guerra . . . sino que preparó la posibilidad de la paz, del ejercicio de la justicia” (p. 176).

Del siglo xix —que para Morón va de 1830 a la muerte de Gómez, en 1935— ofrece un apretado panorama. Este es el siglo de la “vasta y áspera lucha por sobrevivir como Estado y como pueblo. En un momento dado, tal vez en dos, casi desaparece el país” (p. 181). Esos dos instantes fueron durante la Guerra Federal, y durante aquel largo, oscuro y sórdido período que va de 1890 hasta 1910. Durante esos veinte años nos gobernaron el doctor Raimundo Andueza Palacio, un curioso autócrata llamado Joaquín Crespo, un pusilánime: Ignacio Andrade, y un mega-

lómano: Cipriano Castro. Gómez y su gobierno serán sólo consecuencia de todo esto. ¿Cómo se salvó Venezuela?, es la inquietante interrogante que se hace quien estudie los acontecimientos de la guerra federal y de aquellos años de “guzmancismo sin guzmán” —como los llamó Augusto Mijares. Morón ensaya una respuesta al anotar: “Tal vez porque las profundas raíces de la unidad de la cultura popular, la igualación del viejo mestizaje, y los nexos del idioma español, fueron suficientemente sólidos; tal vez también por el culto a la heroicidad, la sombra de Bolívar, el recuerdo de los Héroes epónimos, un patriotismo a la antigua, convocó a las plazas públicas, en las pocas escuelas, en la voz de algunos hombres ejemplares y en la tradición popular, las escasas fuerzas de la soberanía histórica” (p. 181-182).

Para el venezolano de hoy —sobre todo si es joven— parecerá que este cuadro o es apocalíptico o es exagerado. Se equivoca quien lo piense así. La Venezuela del siglo XIX —a partir de la disolución de la Gran Colombia, meses antes de la muerte del Libertador— vivió en la lucha entre la democracia y la dictadura. Y a partir de 1846 entre la anarquía y el despotismo. Apenas si hubo algún paréntesis de paz. Sólo los primeros diez y seis años son de relativa democracia. Sin embargo, en 1835 —con el golpe a Vargas, y con su renuncia en abril del año siguiente— fracasa el intento de un gobierno civil. Los civiles que gobiernan después del Sabio —un Tovar, un Gual, un Rojas Paúl, un Andueza Palacio—, lo harán por muy corto tiempo. De allí que el primer gobierno de este tipo que tendrá Venezuela después de Vargas será el del maestro Gallegos. Ciento trece años los separan.

A todo lo largo de este tiempo, cuyo estudio hace estremecer, y ofrece a quien lo examine muchas lecciones que deberían tomar en cuenta los venezolanos de hoy y en especial su élite dirigente, nos encontramos que hay un desequilibrio entre pueblo y nación. Dice Morón: “La democracia política se alcanza . . . pero esa democracia no funciona en la realidad” (p. 183). La democracia social se obtiene con la Guerra Federal aunque Morón piensa lo contrario. El mismo escribe: “La democracia social no fue implantada, como suele decirse, por la Guerra Federal, los cinco años devastadores . . . no hicieron más que poner remate al proceso que se inició en el siglo XVI y culminó con la guerra independentista” (p. 184). Sin embargo, apunta más abajo “mas la Guerra Federal barrió las últimas fuerzas que se oponían a la igualdad social, al asumir el poder personeros del pueblo raso, localizables todavía en el aparato del Estado: analfabetas o semi-analfabetas, sin educación política, sin criterios organizados, y, por lo tanto, sin comprensión del ejercicio del poder como labor creadora, o siquiera como oficio administrativo y de la conducción de la comunidad política y social” (p. 184).

La forma del ejercicio del poder durante la pasada centuria fue la dictadura la cual dejó su “secuela en el excesivo presidencialismo de la democracia representativa” (p. 185). Las dictaduras “han sido de tal modo avasalladoras, que la más modesta labor ha caído bajo su sombra” (p. 185). Se llegaba al poder por las armas durante el siglo XIX. De allí que el militarismo fue una consecuencia de la guerra, prevista por el propio Libertador. El gobierno civilista de Vargas fracasa ante el elemento militar. La consecuencia de lo que acontece en la casa de aquel Presidente —la mañana del 7 de julio de 1835— establece un círculo vicioso en la cual “Los revolucionarios que intentaban corregir los defectos, acuden a procedimientos que

a la vez engendran la guerra” (p. 185). Pero hay más: en muchos de los momentos que se usa el camino de las armas para “corregir los defectos” muchas veces, casi todas, no se intenta mejorar nada, y generalmente, la nueva situación es peor que la que se intentaba mejorar. Bajo esta idea se escondían siempre, o casi siempre, simples apetitos de poder.

La historia política de este “siglo irregular” (p. 181) es estudiada en esta *Breve historia...* a través de las tres figuras, o sombras, fundamentales: Páez, Guzmán Blanco y Gómez. Son tres caudillos militares quienes dominan la escena. Sólo uno de ellos había realizado estudios sistemáticos en la Universidad. Los otros gobernantes no se salen de las reglas del juego político establecidas por ellos. Páez tuvo “conciencia histórica, sabe que de su actuación depende el futuro” (p. 187). Tras la debacle federal Antonio Guzmán Blanco —el político mejor preparado de su tiempo— dejó la primera estructura de lo que será el Estado Moderno. Gómez —ya lo escribimos— fue sin duda una consecuencia de las dos décadas que le anteceden. No es que fuera un hombre providencial. Sólo fue un personaje que supo interpretar y encarnar su hora. Nadie lo supo hacer mejor que él. Aquel hombre quien participa en el alzamiento andino de 1899 junto con Castro era también un buen administrador y fue —a lo largo de la carrera política que inicia pasados los cuarenta años— “amigo de los amigos, duro enemigo de los enemigos, campesino de montaña, ahorrador, buen capataz, macho de corral, solitario” (p. 199). Con Gómez culmina la época que se había iniciado en 1859. En su dictadura “desemboca y amariza el turbulento río federal” (p. 199) y si bien es cierto que llega al gobierno traicionando a Castro y apoyándose en los Estados Unidos (p. 203), cabe ante él la pregunta que se formula Morón al señalar “Parece como si toda la historia anterior hubiera preparado los elementos para que terminara Venezuela con esa montura de veinte y siete años, clave en su destino pasado y clave en su destino futuro” y sigue al decir que “Gómez termina un proceso de consolidación nacional, profundizando las raíces del país, pegando a su suelo todos los componentes sociológicos, claveteando en una sola mesa nacional todas las regiones, recogiendo en un solo curso la diversidad y la anarquía” (p. 206).

El hombre, el enigma, que fue Gómez ha sido iluminado por novelistas y por estudiosos de lo psicológico —tal las siluetas de Briceño Iragorry, Uslar-Pietri y Herrera Luque—. Para el estudioso de la historia queda la otra cara: la significación del personaje, el estudio del gomecismo. Y explicar esto es importante. Sin saberlo no se puede entender la Venezuela contemporánea pues fue Gómez quien la fundó. El Dictador andino creó nuestra contemporaneidad. La consolidan López y Medina. Pero las bases están puestas en 1935 cuando fallece el anciano Déspota. Pero a Juan Vicente Gómez, no se le puede entender sólo leyendo cuanto escribieron sus adversarios o lo que han propalado sus seguidores. Hay que estudiarlo directamente en sus propios papeles —como lo ha indicado Ramón J. Velásquez— dejando que esos documentos hablen por sí mismos y nos muestren las características de aquella larga permanencia en el poder. Es allí donde está la explicación.

Por haber analizado el siglo XIX preferentemente desde el punto de vista político ha impedido un conocimiento más integral del mismo. Durante nuestro lar-

go siglo XIX el “pueblo sobrevive” (p. 209) y esto pese a la abundancia de enfermedades endémicas, la endeble economía, la baja población. Morón se fija en esta *Breve historia...* en seis hechos: la población, la liberación de los esclavos, el empréstito de la Federación, la significación de Guzmán Blanco, la crisis constante de las tres últimas décadas —que van desde el fin de la Presidencia de Rojas Paúl al ascenso de Gómez al poder— y la forma como el país pasa de una economía agraria a una minera en la cual juega un papel central el petróleo.

Explica Morón que tras la muerte de Gómez “la historia venezolana ha presentado síntomas variados, alentadores unos, desesperanzadores otros. Una lucha feroz entre democracia y dictadura en el orden político y una constante alternativa entre la pobreza y la riqueza en el orden económico” (p. 229).

La historia reciente es examinada en este libro en cuatro capítulos. El primero es un análisis de la evolución política. Estudia la significación de López Contreras, Medina, Betancourt, el golpe de 1945 y los gobiernos posteriores hasta Carlos Andrés Pérez.

La primera parte del examen se basa en la significación de López. Habría que anotarle al margen solamente que lo que este político inteligente e intuitivo —y nada inculto— logra hacer, para que el país logre una transición de la Dictadura a la Democracia sin graves tropiezos, es posible dada la estructura que hereda del gomecismo. Aunque se pretenda negarlo esto es así. El siglo XX venezolano no se inicia en 1936 —como lo escribió Mariano Picón Salas— sino bajo Gómez cuando se estructura el Estado Moderno —cuyo primer modelo había diseñado la voluntad de otro autócrata: Guzmán Blanco—. Es sobre esta base que actuará López Contreras quien se había dado cuenta que el país no podía seguir andando por el camino de la autocracia. De allí que re-estableciera el libre juego político —suspendido totalmente desde 1913—. Todo esto se ratifica con Medina. Sin embargo, se le escapa a Morón —tan agudo en muchas de sus observaciones— la forma sorda ante ciertos requerimientos colectivos que padeció el régimen medinista. Su caída se explica por su incapacidad por entender los planteamientos de la oposición, su incomprensión ante lo que venía significando Acción Democrática —partido legalizado por el mismo Medina en 1941— como alternativa de poder. El medinismo a pesar de su bohomía no supo comprender su momento y las exigencias del mismo.

Sigue Morón con un intento de comprensión de la figura de Rómulo Betancourt. Este tipo de trabajo nos indica como análisis sobre la personalidad de este hombre también singular —la cuarta figura central de nuestra historia republicana arrojará siempre mucha luz.

El resto del panorama de la Venezuela contemporánea es observado a través de varios de sus temas centrales. En la parte social hace hincapié en la significación del crecimiento demográfico, el paso del país de una nación rural a urbana —cosa que sucede en plena época de Gómez—, la inmigración y de la marginalidad. Los aspectos culturales en los que se detiene son la educación, los medios de comunicación, el desarrollo cultural —literatura, plástica, música—. Por fin caracteriza la economía venezolana de este tiempo como aquella que ha sido mo-

vida por “un solo motor” (p. 283); el petróleo, el cual ha creado un “Estado multimillonario y un pueblo empobrecido” (p. 290).

Concluye señalando “Afortunadamente, el crecimiento de la educación y la libertad democrática han permitido el desarrollo de las clases medias que fundamentan la estabilidad del país” (p. 290-291). Piensa que en general el pueblo venezolano “dispone de una clara identidad nacional, de una cultura básica común y de un destino histórico afianzado en hábitos antiguos de civilización” (p. 279).

Chicago, Illinois,
Invierno, 1980

Caracas: julio 25-30, 1980.

LAS MINAS DEL LIBERTADOR

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Paul Verna nos ofrece en su estudio *Las minas del Libertador* (Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1977. 305 pp.), el cual prologa el historiador J. L. Salcedo-Bastardo, un trabajo amplio, riguroso, documentado en torno a dos temas —que en el fondo son las dos caras de una misma moneda—. Se trata por una parte de la historia de las Minas de “Cocorote-Aroa” —las cuales pertenecieron a Simón Bolívar entre 1824-1830 (p. 109)—. En el mismo libro hallamos un minucioso examen del desarrollo y de los avatares de la comunidad de Aroa a través de tres siglos de evolución. Este libro de Verna es una obra bien escrita, cada una de cuyas afirmaciones están sostenidas documentalmente. Es a la vez un relato que se deja leer, que atrapa al lector y que le obliga a seguir las idas y vueltas por las cuales nos conduce su autor a través de los extraños caminos del devenir histórico.

La narración histórica que se nos ofrece en *Las minas del Libertador* no es otra que la peripecia o actuación del ser humano tras el espejismo de las minas. En este caso específico se trata de las de la zona de Nirgua.

La historia se inicia en 1612 cuando Alonso Sánchez de Oviedo descubrió el yacimiento. Sánchez de Oviedo era su legítimo propietario pero el Rey de España le arrebató sus propiedades y las entregó a Francisco Marín de Narvaez en 1663. Desde esa fecha —comenta Verna— pareciera, que como consecuencia del injusto arrebato, “la mala suerte habrá de acompañar a todos los que dirigían las minas o vivían de ellas, paralizando el éxito normal... y envolviéndolos en litigios y pleitos que iban a durar casi tres siglos” (p. 31). Esta no deja de ser, a primera vista, una conclusión curiosa. Pero Verna demuestra que en más de tres centurias las Minas sólo han tenido efímera prosperidad durante cerca de 70 años. Y en todos estos años sólo hallaron su verdadero florecimiento entre 1638-1655